

cotidiano sin perder su volumen poético. Existe esta dualidad en la poesía de Alberto Baeza Flores o en el poeta. Claridad y sombra en Baeza Flores para bien de su poesía y de la poesía chilena.—ARTURO TRONCOSO.



<https://doi.org/10.29393/At162-303DPSP10303>

LA SIESTA DE LOS PECES, por *Antonio de Undurraga*.—Editorial  
Nascimento

En el ala izquierda del avance literario, se destaca el perfil definido y el ágil porte de don Antonio de Undurraga, joven poeta de Valparaíso. Este nombre que tiene resonancias heráldicas y reflejos blasonados y que parece corresponder a uno de esos Adelantados de la conquista española, expresiones máximas de virilidad, singulariza en las letras chilenas a un Adelantado de la conquista de esa Atlántida, más seductora y fascinadora que todas las otras, la del arte del porvenir. Los viejos capitanes ibéricos, templados como un acero puro en la lucha con océanos y montañas, ilustrados con las cintas y medallas de las cicatrices, oían la leyenda fabulosa del oro que simboliza todos los bienes y de las Fuentes de Juvencia que encienden el deseo eterno de gozarlos, y volvían a repechar las cumbres y abismarse en las selvas, «heroicamente flacos», hacia un fin quimérico, con una fe y una esperanza ciertas. La naturaleza salvaje y los hombres cobrizos, que se habían dormido en los remansos del tiempo, despertaban al rumor de espadas y arcabuces y se ponían a salvar con pasos de gigantes el panorama de los siglos. Los Adelantados, que habían perseguido el oro y la juventud eterna, dilataron el espacio conocido e incorporaron a la civilización, conciencia de la humanidad, hombres y continentes bárbaros.

Los adelantados de la poesía como don Antonio de Undurraga, que parten hacia la Atlántida misteriosa del arte futuro,

siguiendo tal vez fines quiméricos de glorias y venturas personales, van sin duda incorporando a la soberanía de la estética elementos nuevos, y van dilatando el reino del espíritu, ese reino que si no era de este mundo, los artistas y soñadores, corolas abiertas al polen de los astros, van trayendo lentamente a la tierra.

Es indudable que estamos ante un poeta joven bien dotado. No sólo hay en él fantasía exuberante que le permite disfrutar sus poemas con luces y músicas tomadas a los elementos—la naturaleza le brinda pródiga sus trofeos para decoración y orquestación de sus versos—sino también, cosa rara en los vanguardistas, hay en sus cantos coordinación ideal, sentimental o emotiva, unidad musical, lo que demuestra que nuestro autor no se ha divorciado definitivamente de la razón y el sentido común, bienes terrenales de los que no se puede prescindir en las alturas, como los aviones necesitan cierto lastre para tener voluntad propia y no ser capricho de los vientos.

Cuando junio, tarde a tarde,  
su rojo durazno en flor  
deshojaba sobre el mar...  
cuando la primera luna  
hundía al anochecer  
su traje de baile al mar,  
y los peces se ahogaban  
en la luna por no ver,  
ya te principiaba a amar.

La «Moza de las piernas desnudas» es una acuarela campesina llena de gracia, frescura y color. La moza que quiere—después de su baño—debajo los sauces—le quiten mis pasos—su traje de gotas. «Pre-vida» es evocación melancólica de una infancia alegre, está electrizada de emoción y saltan por doquiera las chispas de las imágenes:

Mi traje fué la luz  
y túneles de parras y racimos  
tuve en cada verano.  
Me penetró Jesús  
y siempre amé a los pájaros,  
algo más que a los primos.  
Fuí feliz.

«El Monje de Miraflores» es un extenso romance muy bien ejecutado, en que el esplendor de la imaginería se mantiene airoosamente. «El carrusel tierra» es ya una poesía de mayor tendencia filosófica, que presenta una visión de conjunto de los destinos humanos. «Memorándum marinero», «Alejandrino del bosque plantado junto al mar» y «Resumen de los veleros desmantelados», son tres hermosos poemas de la costa y muy bien logrados. Renunciamos a seguir saqueando los audaces y expresivos símiles del poeta, pues no se deben cortar impunemente las flores, ni arrebatarse al aire sus insectos rumorosos, sus destellos de luz y sus brisas fragantes. En el último de los poemas citados, hallamos algo de la inspiración bizarra de Rimbaud y de Corbiere, pero eso no implica influencia sino analogía de gustos y actitudes.

En general, La «siesta de los peces» es uno de los libros mejores de la poesía nueva, y su autor se nos aparece henchido de un futuro magnífico. Como esos pájaros que han cruzado la selva y remontan el vuelo con sus alas cargadas de pólenes, los gérmenes de sus sueños prometen sembrar en el tiempo vegetaciones exuberantes. Que el destino le sea propicio y logre cuajar en flores de belleza permanente los átomos de luz que circulan en su sangre joven.—DAVID PERRY BARNES.